

Reconstrucción espiritual

Se ha dicho con acierto que la desgracia inspira provechosos consejos. España ha pasado por la amarga realidad de una guerra civil cuyo encarnizamiento no conoció límites. A la lucha fratricida siguió la destrucción y la ruína, quedando desfigurado el rostro venerable de nuestra querida Patria. Por donde pasó la horda sangrienta de los sin Dios y sin Patria, quedaron marcadas las huellas de su torpeza brutal, hubo desbordamiento sin freno y las aguas turbulentas, arrastraron todo símbolo de fe y fecundaron de lodo todo cuanto significaba tradición cristiana.

La desgracia por su magnitud llenó cumplidamente el vaso de dolor, pero, como ha dicho un gran precursor de nuestra gloriosa Cruzada, las revoluciones son, bajo cierto aspecto y hasta cierto punto, buenas como las herejías, porque confirman en la fe y la esclarecen. Si hemos gustado la amargura de la prueba debemos sacar de ella los frutos saludables. Entenderlo de otro modo sería de una inconsciencia estúpida de funestísimos resultados para todos.

Debemos meditar seriamente con el valor de la sinceridad. España ha vencido de sus enemigos en una lucha titánica sin precedentes en la historia, sus banderas victoriosas pregonan ante el mundo el heroísmo de una raza que no puede morir, porque lo inmortal no es posible encuadrarlo dentro el marco reducido del tiempo. Los laureles del triunfo orlan el nombre sagrado de la Patria, pero después de la victoria es preciso reflexionar en la obra constructiva de la paz y a esa obra de construcción estamos obligados a prestar nuestra cooperación sin vacilaciones sospechosas. Bajo un mismo ideal y una misma bandera debemos edificar una nueva España, pero la palabra edificar ha de tener todo su sentido virtual, no podemos concretarla a un concepto simplemente material, por haberse materializado el concepto de la vida, se encendió el fuego de las pasiones morbosas y al crepitar de sus llamas devoró lo que ahora con sacrificio y esfuerzo venimos obligados a reconstruir.

España seguirá su camino ascensional dirigiendo sabiamente su economía y cultivando toda fuente productora de riqueza, pero no olvidemos que por encima de todo interés calculador, hay los altos valores morales, que son los que elevan el nivel de los pueblos que quieren ser libres capacitándoles en su marcha progresiva en el camino de la historia, son los que forman las virtudes heroicas en el alma de la raza, los que con paso firme y seguro marcan su destino eterno.

Porque hubo ausencia de aquellos altos valores, la ignominia cubrió nuestro solar patrio y si pudo victoriosamente salvarse el honor, fué porque en el corazón de muchos de sus hijos latía el espíritu tradicional de una fe católica y patriótica, que bajo el signo de la cruz, hizo el milagro de imponer admiración y respeto al pronunciar por propios y extraños, el nombre sublime de España.

J. PUIG VERT

Presidente de la Junta de Hombres de Acción Católica